

rey; las protestas de adhesión con que principian son demasiado nobles y sencillas para no ser sinceras. Se atribuye á Fenelon. Esto es dudoso (1), pero es positivo que los sentimientos que expresa la carta son los mismos que los del ilustre arzobispo: "Se ha hecho odioso vuestro nombre, dice el autor, y toda la nación francesa insostenible á todos nuestros vecinos. No se ha conservado ninguno de los antiguos aliados, porque no se han querido más que esclavos. Desde hace veinte años se han causado guerras sangrientas. Por ejemplo, señor, se hizo emprender á Vuestra Majestad la guerra de Holanda por vuestro capricho y para castigar á los Holandeses, que se habían burlado un poco. Cito en particular esta guerra, porque ha sido el origen de todas las demás. No ha tenido por fundamento más que un motivo de venganza, lo que no puede hacer nunca que una guerra sea justa; de donde se deduce que todas las fronteras que habeis conquistado con esta guerra son adquiridas injustamente desde su origen." Los tratados, continúa el autor, no legitiman las conquistas, porque están firmados bajo el imperio de la fuerza. Esto está conforme con la doctrina de Fenelon. El autor reproduce también los sentimientos que Fenelon expone en el *Exámen de conciencia* acerca de la injusticia de los pretextos con que se quiere justificar las conquistas. Hace ver en seguida que las ligas formadas contra Luis XIV tienen su fundamento en su espíritu de dominación, siendo incompatible la libertad de las naciones cristianas con las pretensiones á la monarquía universal: "Después de esta guerra de Holanda, habeis querido siempre hacer la paz como señor é imponer las condiciones, en vez de fijarlas con equidad y moderación. Hé aquí la causa de que la paz no sea durable. Vuestros enemigos, vergonzosamente abrumados, no han pensado más que en levantarse y unirse contra vos. ¿Qué hay que extrañar en esto? Aún aquellos mismos que no se han atrevido á declararse resueltamente esperan al menos con impaciencia vuestra decadencia y vuestra humillación,

(1) En una carta original al duque de Borgoña, FENELON, aunque desaprobando el espíritu de conquista, aconsejaba, sin embargo, no abandonar las conquistas hechas por Luis XIV, como lo hace el autor de la carta de 1693 (monseñor de BAUSSET *Hist. de Fenelon*, t. III, p. 159, 173).

como el único recurso que queda para alcanzar la libertad y el reposo de todas las naciones cristianas. Los aliados no esperan tener seguridad con vos más que reduciéndoos á la impotencia de hacer daño." El autor termina por aconsejar á Luis XIV que restituya las conquistas que ha hecho por medio de las injustas guerras que ha emprendido.

Los historiadores franceses reprueban naturalmente la carta de Fenelon en nombre de las fronteras naturales de Francia; se indignan casi de que un Frances haya querido que Luis XIV devolviese á España las provincias, francesas por la lengua, por el origen y por el territorio, que los caprichosos accidentes de la herencia habían dado á la Casa de Austria (1). Si el gran rey no hubiese llamado á Fenelon el espíritu más quimérico de su reino, lo hubieran hecho los historiadores. Hay efectivamente gran candidez en aconsejar á un rey conquistador que abandone sus conquistas. ¿Quiere esto decir que las conquistas sean legítimas, solamente porque aseguran lo que se llama las *fronteras naturales*? Hablar de la *naturaleza* es hablar de Dios. ¿Quién, pues, ha revelado á las naciones los límites que Dios ha puesto á su poder? Y aún admitiendo que tengan conocimiento de los designios divinos, ¿les ha revelado también Dios que deben procurar su realización, su ejecución, por medio de la violencia, la injusticia y el desprecio de la fe jurada? Porque el fin sea santo, ¿habrán de santificarse las piraterías de las cámaras de reunión? ¡Singular contradicción del espíritu humano! Esos mismos escritores que celebran á Luis XIV porque ha engrandecido á Francia por medio de la fuerza, le condenan severamente porque ha empleado la fuerza para restablecer la unidad de la fe. Pero á los ojos del rey, como á los de toda la Iglesia, este era también un santo fin, y todos los medios para alcanzarlo parecían legítimos. Es preciso, pues, desconfiar de doctrina tan cómoda que aprueba los medios cuando el fin parece justo. En moral se la llama *jesuitismo*, y la conciencia humana la ha condenado; en política se la llama *maquiavelismo*, y este nombre es casi tan odioso como el primero.

(1) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XIV, p. 188 y siguientes.

LIBRO SEGUNDO.

EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I — La política del siglo XVIII.

I.

La primera mitad del siglo XVIII, desde la muerte de Luis XIV, forma singular contraste con el reinado del gran rey. Le hemos negado la grandeza moral y hasta la grandeza política; pero al menos tenía una insaciable ambición, y durante muchos años la victoria favoreció sus designios, hasta tal punto que, asustada Europa, temía realizarse la monarquía universal. De aquí ligas sin cesar renacientes contra Francia, hasta que el anciano rey humillado se vió reducido á implorar la paz de sus enemigos irritados. El espectáculo es imponente, porque se trata de los más graves intereses de la humanidad, la libertad y la independencia de las naciones. Cuando muere Luis XIV, la escena cambia. Ya no hay poder preponderante, ya no se habla de monarquía universal. No escasean las alianzas, pero se diría que no tienen objeto: tan mudables y contradictorias son. El espíritu se cansa y se fastidia en seguir negociaciones que á nada conducen, puesto que las ligas que establecen se

rompen en cuanto están formadas. Sin embargo, por insípida que parezca la política de las grandes potencias, ofrece útiles enseñanzas. En el fondo es siempre la política de Luis XIV, el despotismo en el interior y la fuerza en las relaciones internacionales. El desprecio del derecho parece más brutal aún, porque no tiene el prestigio que le prestaban las grandes apariencias de Luis XIV. Cuanto más brutal sea la fuerza, más enseñará á los pueblos que no hay más que el derecho para proteger su libertad y garantizar su independencia.

Francia se hallaba debilitada por las guerras ruinosas de Luis XIV, por una menor edad y principalmente por la decadencia moral que, partiendo del trono, invadía toda la nación. Sufría el castigo de su unidad excesiva, de su culto por la monarquía: guerrera y ambiciosa bajo Luis XIV, diríase que su valor y su genio militar fueron sepultados en la tumba del gran rey, convirtiéndose en débil, afeminada é impotente bajo el más despreciable de los príncipes. Aunque el territorio de Francia se haya aumentado con la Lorena, no hay época más vergonzosa en su historia que la del lar-

go reinado de Luis XIV. Perdió las Indias, la Luisiana y el Canadá. El menor de sus desastres fué la pérdida de sus establecimientos coloniales; perdió toda especie de consideración, hasta el punto que ya no se contaba á Francia en el número de las grandes potencias. Se la hubiera creído en plena decrepitud. Había, en efecto, un elemento en su constitución que estaba en decadencia y que iba á desaparecer, y era la monarquía. Idólatras de su príncipe al advenimiento de Luis XIV, los Franceses lo despreciaban á su muerte; y ¿quién había de poder estimarle? Pero la nación, aunque infectada en sus clases elevadas por la desmoralización real, estaba tan lejos de decaer, que se preparaba en silencio á la más gloriosa misión que ha sido reservada jamás á ningún pueblo, la de ser libertador é iniciador de la humanidad.

El siglo XVIII inauguraba dignamente la era revolucionaria. Mientras que el gobierno de Francia era el objeto del desprecio universal, la literatura francesa dominaba como soberana en el extranjero. Se diría que, en las miras de la Providencia, la debilidad política de Francia contribuyó ó aseguró su imperio en el terreno de las ideas. En tiempo de Luis XIV, Europa resistía á la influencia francesa, porque tras ella venía la esclavitud, la altiva dominación del más orgulloso de los reyes. Bajo el indolente Luis XV, Europa se dejó atraer con completa confianza por el encanto de una cultura que ya no tenía peligro alguno para ella. Los príncipes dieron el ejemplo de una verdadera galomanía: no sabían que las ideas que ayudaban á difundir habían de poner fin á su reinado. Es preciso juzgar á la Francia del siglo XVIII con la mirada fija en ese porvenir; su verdadera historia no está en su diplomacia ni en los campos de batalla, está en la literatura y en la filosofía.

Desde el advenimiento del príncipe de Orange pareció despertarse la antigua rivalidad de los Ingleses y de los Franceses. Desde 1688, Inglaterra fué el alma de todas las coaliciones. Á la muerte de Luis XIV, una alianza casi íntima reemplazó á una lucha á muerte. Inglaterra estaba tan debilitada como Francia, pero por diferentes causas. Una familia nueva vino á ocupar el trono de los Estuardos. Era más que un cambio de persona, era una revolución política. La familia caída era la encarnación de la monarquía absoluta y del catolicismo, que se acomoda perfectamente con el régimen des-

pótico, mientras que la Casa de Hanover fué llamada á reinar por un acto de voluntad nacional que protegía á la vez el protestantismo y la libertad. Pero la dinastía alemana no tenía raíces en la tradición, tan poderosa entre los Ingleses; los Estuardos tenían en su favor el prestigio de una raza que parecía identificarse con la nación, tenían en su favor intereses políticos y pasiones religiosas. De aquí incansables conspiraciones y sangrientas revoluciones ahogadas en sangre. No era momento á propósito para lanzarse la nación á empresas exteriores; era preciso, ante todo, consolidar la obra de 1688. Es la época de la paz á toda costa. En realidad no es más que un alto, una tregua. Hemos dicho que en el continente no había ya, en el siglo XVIII, lucha por la monarquía universal. Pero se diría que esta ambición es inseparable de la fuerza. Mientras Francia abdica su supremacía, Inglaterra invade los mares, dispuesta á hacer una guerra á todo trance á los que se atrevan á disputarle el imperio y aún á aquellos que despierten su envidia. La lucha contra Francia volverá á empezar en medio del siglo XVIII con más rudeza que nunca.

Según los historiadores franceses, el cambio de dinastía regeneró á España. No negamos que la nueva casa real influyese en los destinos de la nación española. Pero no es bastante que los descendientes de Carlos V fuesen reemplazados por los Borbones, para que súbitamente, y como por milagro, España volviese á la vida. Puede más bien decirse que la decrepitud fué contagiosa para el joven príncipe á quien el testamento de Carlos II llamó á sucederle. Felipe V se parecía más á los últimos reyes de España que á un nieto de Luis XIV. Su largo reinado ofrece el más miserable de todos los espectáculos: un monarca en el vigor de la edad que se aísla en su palacio, y á quien su mujer secuestra en cierto modo para reinar en su nombre. Los primeros años de su reinado fueron ilustrados por el heroico sacrificio de la nación española; y el valor de la joven reina, princesa de Saboya casi niña, estuvo á la altura de aquel heroísmo. Se respira perdiendo de vista al miserable rey y á su histerismo. Pero después del matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio, la dominación femenina se hace desagradable. Debe verse la pintura que hace *Saint-Simon* de las relaciones de los dos esposos. La nueva reina secues-

tra al rey, como había hecho la princesa de los Ursinos: "Deseando el rey con impaciencia por su temperamento tener una esposa, y no permitiéndole su conciencia buscar mujer en otra parte, le consintió todo lo que podía desear.", Encerró, pues, al rey, y le hizo inaccesible á todo el resto de la naturaleza. Esta eterna conferencia á solas que día y noche tenía con el rey le daba un imperio absoluto en todo; pero ¿qué medios tenía que recurrir! Dejemos la palabra á *Saint-Simon*. "Si nos atrevemos á decirlo, el temperamento del rey era para ella el resorte más fuerte, y recurrió á él varias veces. Entonces las negativas nocturnas excitaban tempestades. El rey gritaba y amenazaba; ella se sostenía firme, lloraba y algunas veces se defendía. A la mañana siguiente había gran tormenta... A la noche siguiente se hacía la paz, y era raro que no se hiciese en ventaja de la reina, que conseguía del rey todo lo que quería.", (1). ¡Hé aquí el régimen del primer Borbon de España! No estaba cortado para devolver la vida á la nación. La influencia deletérea del despotismo intelectual seguía pesando sobre los españoles. Todavía á mediados del siglo XVIII decía Federico II que "la superstición reducía á aquel pueblo de ingenio á la categoría de las naciones semi-bárbaras.", (2). España continuará vegetando hasta que la luz de la libertad disipe las tinieblas que la dominación secular del catolicismo ha amontonado sobre ella.

Alemania seguía siendo la misma, débil hasta la impotencia, por las divisiones de los mil y un príncipes que la gobernaban, ó, mejor dicho, que la explotaban como un propietario usa y abusa de su propiedad. A fuerza de pequeñez, no tenía ni aún aquella dignidad, aquel orgullo que parecen innatos en las familias reales: se vendían ellos y sus súbditos á quien quería comprarlos. El emperador era el último de los Hapsburgos: digno representante de la nulidad de su raza. Quedábale de la guerra de sucesión un hombre superior; pero los hombres de genio necesitan la libertad de acción, y en Viena reinaba una etiqueta digna del ceremonial absurdo de Madrid. Al advenimiento de María Teresa, los oficiales y servidores de la corte formaban un ejército de 40.000 hombres, que costaban diez millones; todos ellos estaban ocupados

en no hacer nada. Un escritor inglés dice que aquello era el régimen ideal de las pelucas, y un historiador alemán se pregunta, en vista de tanta estupidez, cómo Austria, lo mismo que España y los Estados del papa, han podido mantenerse durante siglos bajo semejantes gobiernos. *Schlosser* contesta que sería milagroso, si no fuera por la fuerza de inercia y la imbecilidad humana (1). Fué una dicha para Austria que la joven heredera del último de los Hapsburgos tuviese que combatir por su existencia: esta lucha sacudió el sueño de la nación, pero no bastó para darle la vida: para vivir, necesitan los pueblos del aire vivificante de la libertad.

Suecia no desempeña ya papel alguno en el mundo político en el siglo XVIII. Debe su decadencia á la manía guerrera de Carlos XI, "héroe para Europa, azote para su patria.", (2). La batalla de Pultawa puso fin para siempre á la dominación sueca en el Norte. No parece un Estado, ni mucho menos una nación. Es una potencia preponderante que desaparece. La misión de Suecia, como tal, estaba cumplida desde mediados del siglo XVII, en que salvó al protestantismo por la heroica intervención del gran rey. Desde entonces no hizo más que declinar. Su grandeza momentánea no estaba en relación con sus fuerzas reales. Además, Carlos XII encontró medio de malgastar aquellas fuerzas en empresas en que en vano se buscaría ni sombra de razón bajo el punto de vista humano. El afortunado rival de Carlos XII, Pedro el Grande, decía que los Suecos le habían enseñado á vencer. Y en verdad que la lucha obstinada del rey de Suecia contra los Rusos es la que ha fundado el poder de la Rusia. El nuevo imperio tiene esta particularidad, que sale completo de la cabeza de un hombre, y apenas existe cuando ya inspira temores á Europa. En 1720, Inglaterra celebra ya un tratado con Suecia, con objeto de limitar la ambición del czar, *para tranquilidad del mundo cristiano*. Se prepara una monarquía universal. Pero no es dado á un hombre improvisar una nación. El peligro que se preveía á principios del siglo XVIII no estallará hasta el XIX. No es mucho un siglo para formar el coloso del Norte.

(1) *Memorias de SAINT-SIMON*, t. XII, p. 228, 237 (edición Chenu).

(2) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. I (Obras, t. II, p. 12).

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. II, página 221; t. I, p. 48. — *Edinburgh Review*, en la *Revue britannique*, año 1853, p. 194.

(2) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. XI, p. 75.

II.

Jamase ha encontrado la política más agitada que en la primera mitad del siglo XVIII. ¿Cuál es el objeto que se proponen los reyes en los innumerables tratados que hacen y deshacen? Un historiador, á quien no puede acusarse de falta de respeto por la monarquía, caracteriza en términos casi despreciativos el vano ruido de la diplomacia desde la muerte de Luis XIV hasta las grandes guerras de mediados del último siglo: "Desde 1715 á 1740, dice *Schoell*, veremos alianzas formadas y rotas, sin otro motivo que el capricho de los soberanos ó los proyectos ambiciosos de sus esposas y de sus ministros. Diríase que Europa no tiene interés más importante que procurar soberanías á los hijos de una reina imperiosa é intrigante." El sabio escritor, que no retrocede ante detalles áridos, teme, al entrar en este período tan estéril en grandes acontecimientos como fértil en negociaciones, que el *tedio* llegue á unirse al *disgusto* (1). El juicio del historiador alemán no es demasiado severo. Jamas se ha mostrado más mezquina la ambición real. Se dice que los reyes son los representantes del interés nacional; se dice también que fueron ellos los que formaron las naciones. Si realmente la monarquía desempeña un papel en la formación de las nacionalidades, el honor corresponde á Dios y no á los reyes. Es una gran casualidad, ó, si se quiere, un beneficio providencial, el que la ambición de los príncipes esté de acuerdo con el interés de los pueblos. La mayor parte de las veces el interés de la nación no tiene nada de común con el de su jefe. Y la razón es bien sencilla. Para los príncipes, infatuados con su derecho hereditario, hinchados con el falso orgullo de que ellos son el Estado, el principal y mayor de sus cuidados es el egoísmo de familia. Y ¿qué les importa á los pueblos que los hijos de su reina sean príncipes soberanos? ¿Qué les importa que el suegro de su reina sea una corona? Sin embargo, dice un escritor, que está lejos, muy lejos, de ser hostil á la monarquía, el interés del monarca triunfa siempre sobre el de la nación (2). Hé aquí una enseñanza que tiene su valor en un siglo en que se quisiera volver á la

(1) *Schoell*, *Curso de historia*, t. xxxvii, p. 5 y 8.(2) *Hist. filosófica del reinado de Luis XIV*, por el conde de Tocqueville, t. I, p. 172.

monarquía absoluta como á un ideal. Aun cuando la historia tan enojosa de principios del último siglo no tuviera otra utilidad que la de poner en evidencia esta verdad, habría que reconocer en ella una importancia capital. Vamos á ver lo que hace la antigua monarquía: no tiene ya el prestigio de la grandeza que le daba Luis XIV, se muestra tal cual es. Si el cuadro es feo y repugnante, la culpa es de los personajes que han servido de modelo al historiador.

Á la muerte de Luis XIV, Francia estaba aniquilada y en la agonía. Sin embargo, los recursos de su admirable suelo y las fuerzas de su población, más admirables todavía, son tales, que un cuarto de siglo de paz la hubiera devuelto toda su energía y la hubiera dado medio de ejercer en Europa la influencia que la pertenece y que nadie la negaría si se sirviese de ella para el sostenimiento de la paz y en beneficio de la civilización. ¿Son estos grandes intereses de Francia y de la humanidad los que preocuparon al regente y á Luis XV? El cuidado del regente era tanto cuanto sus desórdenes le dejaban tiempo de pensar, era consolidar su poder, á fin de asegurar la corona en su casa, en el caso de que muriese el débil niño que ocupaba el trono. Se unió á Inglaterra contra España, porque Felipe V, el nieto de Luis XIV, estaba pronto á reivindicar sus derechos hereditarios, á pesar de sus renunciaciones y de su amor á sus *queridos Españoles*. ¿Qué importaba á los Franceses que fuese rey el duque de Orleans ó el duque de Anjou? No preguntaremos cuál fué el móvil de la política de Luis XV. Sería lo mismo que preguntar qué objeto se proponían sus ministros ó sus queridas. Ahora bien, Luis XV no encontró ni un Richelieu ni un Mazarino, y cuando, por casualidad, alguna de sus queridas quería sacudir la inercia de aquel espíritu apático é inflamable con grandes ideas, se encontraba con que el joven rey no estaba siquiera á la altura del papel que se le destinaba: el fango no se inflama, y el alma del rey era una alma de fango.

La política de España, después del advenimiento de una nueva dinastía, estaba dictada por la naturaleza de las cosas. Á juzgar por las apariencias, la nación se hallaba tan aniquilada como los últimos descendientes de Carlos V. Pero las naciones no mueren como las familias. Había en la raza española fuerzas vivas que era preciso des-

arrollar. Hé aquí cuál hubiese debido ser su política real. La reina que gobernaba á España en nombre de su ardoroso esposo no opinaba de este modo. Sus hijos se hallaban excluidos del trono por los del primer matrimonio; era preciso acomodarlos en otra parte. La reina puso sus miras en Italia. Encontrar para los infantes principados italianos, tal fué el objeto constante de la reina, y, por consiguiente, del rey. ¿Preguntaremos qué interés tenía la nación en que *don Fulano* y *don Mengano* reinasen en Florencia, en Parma ó en Nápoles? Si la política de la reina de España es egoísta, como toda política de príncipe, á lo menos tiene algo de divertido: es como un cambio continuo de decoraciones en un teatro. La escena empieza por una guerra á muerte al emperador: Alberoni se comprometió á arrojar á los bárbaros de Italia. Cuando la intervención de Inglaterra y de Francia puso fin á este hermoso sueño, la reina se consoló con un proyecto de matrimonio de una infanta con Luis XV, esperando que se presentara ocasión de colocar á los infantes. Pero la infanta no contaba más que cuatro años, y Francia estaba impaciente por tener un delfín; se devolvió, pues, la joven princesa á España. Con este motivo, como era natural, montan en cólera mamá y papá. Para vengarse de Francia, se volvieron hácia Austria. Se trataba nada menos que de una alianza íntima entre las dos casas: se prometía á la reina darla una archiduquesa para su infante, lo que le abriría el trono de Austria y hasta la perspectiva de reunir un día en su cabeza toda la herencia de Carlos V. Pero ¡ay! el sueño era demasiado hermoso. Se habían reído de la reina. Á la alianza íntima sucedió un acceso de furor contra el emperador que la había engañado. Á falta de un imperio era preciso contentarse con la Toscana y con Parma, y para obtener estos pequeños ducados no había más que un medio, aproximarse á Francia. La reina olvidó el ultraje hecho á la infanta para colocar á los infantes. Pero el emperador tenía también algo que ver en Italia: la reina tuvo que resignarse á solicitar su investidura para los ducados italianos. Se guardó su cólera, y trató de nuevo con la corte imperial. Esto no impidió que algunos años más tarde se ligase con Francia contra el emperador. Es porque aún había un infante sin principado. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Los infantes concluyeron por ser colocados, lo que indudablemente debió hacer sal-

tar de gozo á los españoles. A la verdad, si no estaban satisfechos, debían ser difíciles de contentar. ¿No prosperaba la casa real? Y estando los infantes bien establecidos, ¿qué más podía pedir la nación?

Parece que en una monarquía constitucional, como Inglaterra, los intereses generales debían dominar sobre el interés particular del príncipe. Pero en el siglo XVIII, el régimen representativo estaba aún muy lejos de ser una verdad: la monarquía continuaba ejerciendo gran influencia, y puede asegurarse que cuando un rey interviene en los asuntos públicos es por un interés dinástico ó cosa parecida. Los príncipes de Hanover estaban preocupados con su situación precaria, en presencia de una familia que, aun viviendo en un destierro, contaba con numerosos partidarios en los tres reinos. No diremos con un historiador moderno "que el miedo que incesantemente les atormentaba era el azote con que el cielo castigaba la usurpación," (1). *Schoell* olvida que la Casa de Hanover fué llamada al trono por un acto del parlamento, y esta legitimidad vale tanto como la de la herencia en un Estado cuya constitución descansa en la soberanía del pueblo. Pero es cierto que el miedo inspiró la política de los príncipes de Hanover. Jorge I, sintiéndose mal asentado en su nuevo trono, quería á toda costa asegurarse por medio de alianzas: esto fué en él una verdadera manía. Hizo tratados con el mundo entero. Estos convenios, á fuerza de ser contradictorios, eran vanos y ridículos. Si el emperador hubiese atacado á España, Inglaterra habría debido suministrar á ésta un cuerpo auxiliar de doce mil hombres. Si Francia hubiera atacado al emperador, éste habría tenido igualmente derecho á un auxilio de doce mil Ingleses. Si la Holanda hubiera hecho la guerra á Francia, doce mil Ingleses hubieran estado obligados á combatir en las filas de los Franceses. A su vez las Provincias Unidas tenían derecho á reclamar doce mil Ingleses si la Suecia los atacaba. Podía, pues, suceder que Inglaterra se batiese en toda Europa sin estar en guerra con nadie. Hay más: en rigor hubiera tenido que combatir á sus propios aliados, porque era aliada de toda la Europa. Por el mero hecho de negarse á suministrar un cuerpo auxiliar contra sus aliados, todos sus tratados, tan laboriosamente ce-

(1) *Schoell*, *Curso de historia*, t. xxxvii, p. 8.